

situación familiar y actitud educativa

¿Cuál es el número exacto de situaciones familiares que pueden plantearse?

¿A qué criterio habrá que acogerse para definirlos y numerarlos? ¿Al criterio moral? ¿Al económico?

¿Al religioso? ¿Al cultural?

Habría que hablar de la situación familiar en

- los matrimonios difíciles o mal avenidos
- los económicamente débiles
- los moralmente rígidos
- los de bajo nivel cultural.

Habría que hablar también de todos sus contrarios y de los casos intermedios.

Todas estas situaciones influyen necesariamente en las actitudes educativas que los padres adopten frente a los hijos.

Una tarea como ésta rebasa los límites de una página de revista. Por eso aquí tendremos que acogerlos a un criterio de selección mucho más amplio, en el que las generalidades permiten abarcar un número mayor de situaciones y, en consecuencia, de actitudes educativas.





FAMILIA INDUSTRIAL

Con frecuencia, la que lleva todo el asunto del colegio es la madre: ella va a arreglar los papeles, ella responde a los circulares, ella se preocupa de las matrículas, los libros... y habla con los profesores.

El padre es un hombre comúnmente serio y exigente. Con respecto a los estudios de los hijos utiliza las cifras de los boletines como único punto de referencia.

Planifica, no sueña. Proporciona unos estudios a su hijo porque son los que le llevarán a esos puestos que hoy están ocupando sus jefes, sin saber —de verdad— si esa es la carrera que mejor le va al muchacho.

Muchas veces, la falta de una aportación afectiva por parte del padre, se debe a que él mismo ha vivido también entregado al estudio y no tuvo demasiadas salidas para el afecto.

Se engrana fácilmente en la cadena de los "materializados". No cae en la cuenta, o cae sólo parcialmente, de que en su hijo ha surgido un ser humano, adulto ya —o en camino de serlo— que no sólo se mueve por intereses e imposiciones con que se le bombardea desde el fuera paterno, sino por la propia iniciativa y una conciencia cada vez más aguda de su libertad.

Quizás tienden a buscar en el hijo un ser eficaz más que un ser humano en el sentido global de la palabra.

Este hombre necesita un enérgico proceso de desmaterialización; que la vida haga explosión en él y que no intente repetir a la letra la experiencia de su propia vida en la vida de sus hijos.

En su haber de educador existen datos tan positivos como

- su constancia en exigir,
- su afán de responsabilizar a los hijos en el trabajo,
- su deseo de asegurarles el futuro no a base de una vida fácil sino del esfuerzo personal y de los propios méritos,
- frecuentemente un sentido de austeridad —no de tocañería— ya por motivos de índole económica, ya por criterio, que obliga a los hijos a no contar con demasiadas facilidades, a aprovechar el tiempo y los medios de que disponen.



FAMILIA OBRERA

Con frecuencia, sus actitudes educativas coinciden con las de la familia burguesa-industrial.

Tal vez la preocupación por la educación de los hijos esté más condicionada por factores y estímulos de orden social (redimirse, escalar por propios méritos puestos más elevados de la sociedad) y de orden económico (salir de una situación precaria de la que la familia no ha podido evadirse hasta la fecha).

Se ocupan —o se preocupan— con exceso de los resultados escolares temiendo ver frustrado el porvenir del hijo y viendo, por otra parte, cómo se va con tan escaso rendimiento un dinero que se ganó a pulso.

Su vocabulario y la capacidad de su manifestación afectiva es de ordinario directa pero reducida. A veces no logran entenderse con los profesores o los educadores del colegio por su dificultad en matizar los problemas del hijo o por su indiferencia ante los análisis de tipo técnico que el colegio puede ofrecerles sobre el particular. Este último punto no es un dato exclusivo de la familia obrera; se encuentra también en la familia industrial y en la campesina.

Existe el peligro de que se creen ciertos distanciamientos y fisuras en la familia

- por ausencia obligada del padre, de la madre o de los dos, en casos de emigración,
- porque pueden sentirse muy pronto rebasados por los hijos, tanto en lo que se refiere a formación y cultura como a autonomía personal.
- porque en no pocos casos, los hijos no han superado con equilibrio el desnivel ambiental que se ha producido en su vida, entre el nivel cultural y económico de sus hogares y las facilidades que les ofrece el colegio o la institución en que se forman.
- porque la promiscuidad de vida que impone frecuentemente la casa, dificulta la posibilidad de un estudio y de un trabajo personal, con la consiguiente participación en las disputas comunes, el desgaste nervioso y el deseo imperioso de romper con ese ambiente.

Los datos positivos del tipo de familia industrial se vuelven a repetir aquí, tal vez con una intensificación de la preocupación por causas de orden psicológico, social y económico.

Otros datos:

- capacidad (a veces ilimitada) de sacrificio,
- fuerte sentido de grupo y de clase,
- espíritu de colaboración familiar, que va desde la participación de todos en las tareas de la casa, hasta el sacrificio de todos por la promoción de uno.



FAMILIA RURAL

Hasta hace poco anudaba a padres e hijos la explotación de la misma tierra. Los nuevos miembros que se incorporaban a la casa, bien por casamientos concertados por la familia, bien por nacimientos, en tanto eran valorados en cuanto resultaban útiles para realizar esa tarea.

Por eso, dentro del ambiente rural, adquirían los varones la primacía sobre las mujeres, aun cuando ellas ocuparon siempre un puesto importante en la tarea del varón.

El medio rural estuvo presidido por una larga tradición de analfabetismo y las actitudes educativas de los progenitores se redujeron con frecuencia a principios de trabajo y de moral familiar.

Hoy día, la emigración, los planes de desarrollo y la facilidad de contactos con otros géneros de vida, comienzan a remover las viejas estructuras de la familia rural.

No es raro que se den precisamente aquí, en este ambiente, las mayores diferencias de mentalidad entre las distintas generaciones, entre los padres que siguen aferrados a la tierra y a sus métodos de trabajo y los hijos que prefieren buscar oportunidades de vida en la ciudad y dentro del sector industrial.

CUANDO LOS HIJOS ESTUDIAN (en colegios, institutos laborales, etc.) la actitud de los padres no se diferencia de la familia obrera, aunque en casos no infrecuentes miran con cierto escepticismo unos estudios que alejan al muchacho de los inmediatos intereses familiares que se centran en las tierras.

CUANDO LA FAMILIA NO ES PROPIETARIA sino "sierva", el problema suele cambiar de signo; no pocas veces son los padres los que buscan la manera de que el hijo se libere del campo donde ellos han consumido toda su vida.

En la actitud educativa ante los hijos suele tener particular importancia:

la tradición familiar, moral y religiosa



FAMILIA-PROBLEMA

Aunque haya que cambiar el criterio selectivo empleado con los grupos anteriores, la inclusión de esta cuarta situación familiar parece obvia. El número de casos y la magnitud de los problemas que abarca obliga a tenerla en cuenta.

Familia-problema es fundamentalmente aquella en la que las relaciones entre los esposos y las relaciones de los padres para con los hijos no son normales.

Las causas pueden ser varias:

- separación temporal,
- divorcio,
- muerte o ausencia indefinida de uno de los cónyuges.

Los problemas de la ausencia no son los mismos cuando la separación viene impuesta por motivos extrínsecos al matrimonio (trabajo, oficio o incluso muerte) y cuando sobreviene a causa de una ruptura de relaciones matrimoniales.

Las cargas afectivas son absolutamente distintas en ambos casos.

EL ESQUEMA CLÁSICO, y también el más común, es el de la madre viuda que tiene que asumir la responsabilidad total sobre el hogar.

Ella se encuentra sola en la tarea; sola, pero con el agravante de haberse apoyado antes en el marido. La soledad resulta así doblemente difícil.

El padre ha desaparecido en el momento en que debiera empezar a convertirse para los hijos en la imagen del padre héroe.

Ella se encuentra en una encrucijada. Los hijos necesitan una experiencia de la autoridad y del amor paterno; necesitan oír enjuiciamientos masculinos sobre los sucesos de cada día y sobre el sentido de la vida.

En cambio, ella no debe jugar nunca a suplantar al hombre. Su autoridad ha de ser femenina.

Teniendo en cuenta que esa clase de autoridad tiende a ser más intransigente y más acuciante que la del hombre, esta nota se subraya precisamente en la ausencia del marido.

Es frecuente en estas madres viudas un recurso insistente a los educadores del colegio para buscar en ellos la seguridad.

Aparte del transferido afectivo que esto supone, es preciso ayudarlas con verdadero tino, no suplan-

tándolas en su labor educativa sino capacitándolas para que ellas mismas maduren una actitud personal ante el problema y capacitándolas para que ejerzan su misión sin ninguna clase de vacilaciones.

Su mayor fracaso como madres sería el de renunciar de antemano a todo esfuerzo por superar la crisis afectiva y moral que atraviesan y declararse insolventes, sin el marido, para afrontar hasta el fin todo el problema de la educación de los hijos.



CUANDO NO SE TRATA de crisis familiar por muerte sino por otras razones de tipo psicológico o moral —enfermedad, desavenencias matrimoniales, divorcio— cada caso tiene su problemática particular.

Hay que tener en cuenta que los hijos viven esa historia bien de una manera consciente, bien en sus repercusiones inevitables dentro del ambiente del hogar.

El educador no debe perder esto de vista ni tampoco que uno de los problemas clave en la educación de esos niños ha de ser el de llevarlos a una superación de los resentimientos, frustraciones y desequilibrios ocasionados por esta vivencia.

Frecuentemente estos niños buscan refugio en el colegio, en alguno de sus profesores, en sus compañeros y, sobre todo, en aquel de los cónyuges que, a sus ojos, cargue con el papel de víctima en el desbarajuste matrimonial. Es cierto que en este caso el niño escucha la historia sólo por una de

sus caras. Sin embargo, en cualquier hipótesis, todos estos refugios a los que puede acogerse no solucionan nada mientras no se le lleve con seriedad al fondo del problema.

La actitud del padre, de la madre o de aquel que se encargue más directamente de su educación, no puede consistir nunca en enmascararle la realidad sino en llevarle hasta ella con todo el desapasio-

namiento posible, ayudándole a aceptarla y a superarla en la medida en que sea capaz de comprenderla.

Tal vez no sea la niñez el momento más propicio para hacérselo entender sino la **adolescencia**, ese momento crucial, en el que la conciencia despierta y el sufrimiento empieza a trabajar por vez primera el corazón del niño.

CARACTER DE LOS PADRES Y ACTITUD EDUCATIVA

Si el ambiente condiciona las actitudes educativas de los padres, *su propia personalidad y temperamento* actúan en este caso con mayor poder. André Le Gall, Inspector General de Instrucción Pública, en Francia, escribe en "L'école des Parents" un artículo titulado "El carácter de los padres y su influjo en el proceso de maduración de los hijos".

El propio autor reconoce la dificultad de recoger en una lista todas las modalidades de carácter que puedan presentarse, por ello se limi-

ta a unos cuantos tipos particularmente claros y repetidos.

El cuadro que se ofrece a continuación viene a ser una adaptación del artículo citado. Los cuatro apartados correspondientes a cada tipo comprenden:

1. — Su clasificación caractereológica.
2. — Algunas características generales de su temperamento.
3. — Sus repercusiones sobre los hijos.
4. — Breve insinuación para una corrección de sus actitudes educativas.